

Prólogo

Cuando le comenté a un amigo que quería escribir un libro sobre el aburrimiento, él replicó: tiene que ser entonces entretenido. No sé si lo haya logrado, pero sin lugar a dudas el tema es interesante, fascinante incluso; es más serio y profundo de lo que yo había pensado, pero tiene también más colorido.

Hay experiencias de alta densidad humana e innegable rendimiento cognoscitivo, que la vida –selectiva y despiadada– reserva solo a algunos. Y así, los que no hemos disfrutado del acceso a esas experiencias nos quedamos a oscuras en relación con lo que ellas descubren e iluminan; nuestra visión de la vida y nuestro conocimiento del hombre se ven entonces empobrecidos por esas tinieblas. No es éste el caso del aburrimiento; todos, en un momento u otro de nuestra vida, nos hemos aburrido. Todos sabemos, por experiencia, lo que es aburrirse. El arco del tedio se extiende además a lo largo de toda la existencia consciente: nos aburrimos, y no poco, cuando somos niños; nos aburrimos más o menos en la juventud y la edad adulta; y volvemos a aburrirnos, «como ostras», cuando somos viejos.

Psicólogos, educadores, médicos, artistas de todo género, periodistas, publicistas, ingenieros de sistemas, animadores y un ejército creciente de profesionales, se esfuerzan por desterrar de la vida de los hombres ese compañero indeseado y aparentemente

estéril que es el aburrimiento. Todos ellos se empeñan en mantener al ser humano en movimiento y librarlo de la temible parálisis del tedio. Desde todos los ángulos se orquesta una inmensa vorágine destinada a salvar al hombre individual y a la sociedad entera de la plaga del tedio. Impera una consiga muda pero implacable que pretende enterrar el aburrimiento como cosa del pasado, y que bien podría formularse así: *prohibido aburrirse*.

Pero el aburrimiento, lo sabemos bien, es tanto de ayer como de hoy, y no se deja enterrar. Paradójicamente, las tácticas y estrategias destinadas a darle muerte lo regeneran. El aburrimiento no se deja ni enterrar ni desterrar, porque nunca muere y nunca se va del todo: anida en el interior de las ocupaciones y entretenimientos que pretenden eliminarlo, está siempre al acecho, y brota cuando menos se espera. ¿Acaso es esta ciega y obstinada persistencia la de la mala hierba que, según el dicho, nunca muere? La derrota del tedio, siempre provisional, ¿no pone más bien de manifiesto algo acerca del hombre? ¿No saca a la luz una de esas verdades esquivas que se agazapan en las tinieblas y rehúyen la mirada directa de la inteligencia?

Abunda la literatura que aborda el asunto del aburrimiento desde una perspectiva psicológica con fines más o menos pedagógicos. No es éste el enfoque que aquí adopto. Lo que me interesa dilucidar es la índole propia del aburrimiento, así como la naturaleza de esa encentadura con la que lacera silenciosa pero eficazmente la vida humana. En esta indagación he acudido tanto a filósofos y pensadores que han reflexionado sobre este tema, como a escritores que han afrontado, en la encarnación e inmediatez de sus personajes, ese fenómeno insoslayable que es el aburrirse.

Algunos piensan que el aburrimiento es un producto de la modernidad, fruto de la civilización cosmopolita. A esta visión responde la idea común que se tiene de él, y que no agota todo lo que el concepto encierra. Este aburrimiento, moderno y urbano, a primera vista no parece tener mucho que ver con otro

fenómeno que en nuestros días ha cobrado un cierto carácter epidémico: la depresión. Si remontamos la historia del tedio y de la depresión, y nos ceñimos no tanto a los términos que en cada época los han designado cuanto al contenido de sus conceptos, encontraremos que la melancolía –predecesora de la depresión– está estrechamente vinculada con el tedio a través de un concepto en el que una y otro parecen fundirse y confundirse: el de acedia. Melancolía y acedia perviven hoy como tales, aunque despojadas de su vasto alcance y restringidas a ámbitos muy particulares.

Ahora bien, no se puede entender el aburrimiento moderno si no se concede atención a ese precedente suyo que es la acedia cristiana; y a su vez el nacimiento y el desarrollo de la acedia está imbricado con el de otro concepto antiguo de origen griego: el de melancolía. Pese a los numerosos intentos por deslindar los conceptos de melancolía, acedia y aburrimiento o tedio, éstos vuelven a mezclarse y confundirse una y otra vez, o cuando menos a solaparse en muchos aspectos. Se intenta situarlos en planos diversos, haciendo de la melancolía una enfermedad del cuerpo, de la acedia y el tedio, enfermedades del alma; pero bien pronto las fronteras entre ellos se tornan borrosas, y la melancolía –siempre enigmática y nunca enteramente esclarecida– reivindica su índole espiritual, no del todo corporal o física. Pese a los avances de la medicina en general y de la psiquiatría en particular, y a que la noción de melancolía ha sido relegada en favor del concepto de depresión, la melancolía permanece. La melancolía fue primero; y no se nos oculta que hay en ella algo de inexplicable.

Lo que dije anteriormente sobre la universalidad de la experiencia del tedio vale también para la melancolía. No todos hemos sufrido depresiones diagnosticadas y sin embargo todos hemos experimentado la melancolía. Quizás hemos devaneado incluso con ella: ¿quién no ha alimentado, en algún momento, su propia melancolía? ¿Quién no ha libado del contacto con ella esa dulzura amarga y no obstante deleitable?

A diferencia del tedio, que no parece en modo alguno emparentado con la belleza, la melancolía lo está de un modo innegable. Y hasta tal punto, que podemos plantearnos cuál sería la suerte del arte si se desarraigara de la experiencia humana la melancolía. Y cuál sería incluso la suerte del hombre mismo: ¿seríamos igualmente humanos si fuéramos impermeables a la melancolía?

Se vislumbra ya que la consideración de la melancolía y del tedio encierra promesas a las que no podemos ser indiferentes. De la mano de estos conceptos podemos adentrarnos en las profundidades del ser humano, y hacerlo además con la seguridad de que en este viaje no nos faltarán el socorro y la compañía que proporciona la belleza.

Habiendo renunciado de antemano a un tratamiento psicológico o psiquiátrico de los temas que aquí abordo, y adoptado una perspectiva más bien filosófica, me propongo rastrear el recorrido de las nociones de tedio y melancolía, señalar sus problemas, analizar sus transformaciones. Éste es buen momento para volver los ojos hacia esos insoslayables compañeros de camino: la melancolía y el tedio, que amenazan con ensombrecer nuestros días y sin embargo tienen tanto que decirnos acerca de nosotros mismos.

El tratamiento de la melancolía, la acedia y el tedio ha de ser necesariamente interdisciplinar. En especial la melancolía es un tema de encrucijada en el que todas las perspectivas confluyen y se mezclan: la moral, la médica, la filosófica. Abordan estos grandes temas la filosofía, la literatura, la teología, la psicología, la medicina, el arte, la sociología. Y pese a más de veinticinco siglos de estudio y reflexión, la melancolía sigue siendo inasible. Su farmacopea, rica y variada, aunque quizás no reconozca ya los remedios contenidos en los herbarios y lapidarios del medioevo y el Renacimiento, continúa sin embargo haciendo uso de estimulantes naturales como el café y, más recientemente, el chocolate.

No podemos sustraernos —somos hombres— a la experiencia de la melancolía y el tedio. Conocemos el desinterés, la atonía, la sensación de vacío, la lasitud, la desgana, la languidez, la apatía, el malestar, el disgusto de todo sin justificación y sin causa, el fastidio, el asco. Tampoco nos son desconocidas la rutina, la repetición, la monotonía, la grisalla de lo cotidiano. Percibimos como opuestos a ellos la alegría, la diversión, el entretenimiento, la novedad, la variación. Advertimos asimismo que tras el tedio se agazapan la angustia, la desesperación y la perspectiva siempre inquietante del suicidio. Conocemos la sensación incómoda del tiempo que parece no pasar y somos conscientes de la ambigüedad de nuestros deseos, en cuyo cumplimiento acecha la trampa inevitable del hastío.

Han pasado muchos siglos desde que Occidente tematizó la melancolía y describió sus síntomas, desde que la moral cristiana estigmatizó la acedia, desde que ésta se secularizó y ganó el mundo laico. Y sin embargo, los problemas que ellas plantean siguen siendo de una candente actualidad. Liberadas del estigma de la enfermedad y de la marca infame del pecado, melancolía y acedia pueden ser confesadas abiertamente y llegar al punto de rodearse de prestigio y convertirse en moda.

El sociólogo Robert Nisbet asegura que el tedio se está extendiendo en las sociedades occidentales, con la complicidad de la proliferación de bienes de consumo, tanto materiales como psíquicos. Según él, la ética del trabajo está en retirada, mientras una ética del entretenimiento pugna por suplantarla. El exceso de diversión y sus formas cada vez más extremas desembocan en el materialismo hedonista y el aburrimiento. Se recurre a vías de escape, tanto viejas como nuevas: las drogas, el alcohol, el juego, el sexo, la violencia, el ciberespacio y sus miles de alternativas virtuales, la pornografía, el terrorismo.

Como decía Camus, hoy hace falta que acontezca algo, que ocurra algo, aunque sea la esclavitud sin amor, la guerra o incluso

la muerte. Théophile Gauthier lo expresa en el siguiente grito: ¡Más vale la barbarie que el tedio!

El tedio es una de las peores plagas de nuestro tiempo y su alcance es ahora universal; ya no se restringe a un grupo determinado: los anacoretas y los monjes, la nobleza y el clero, las mujeres y los ricos. El desierto crece, había advertido Nietzsche.

Desde Petrarca, casi todos los autores escriben para disipar la melancolía o el tedio que los consume. Más adelante surge en muchos de ellos la preocupación por no aburrir al lector. También yo la he tenido a lo largo de estas páginas. Solo me queda confiar en que a mis lectores no les falten ni la curiosidad ni la ironía que los inmunicen contra el aburrimiento. «Con buen humor y pesimismo –asegura Nicolás Gómez Dávila– no es posible ni equivocarse ni aburrirse».

Quiero advertir que he optado por usar indistintamente los vocablos aburrimiento y tedio, echando mano del primero sobre todo cuando necesitaba el correspondiente verbo reflexivo: *aburrirse*¹. Por lo demás, en las páginas que siguen he recogido con frecuencia, entre paréntesis, el término original que emplea cada autor: el *ennui* francés, la *noia* italiana, la *Langeweile* germana, el *tédio* portugués. Por cierto, en la mayoría de los casos las traducciones son más. Y cuando he empleado traducciones al uso, me he tomado la libertad de modificar o ajustar pequeños detalles.

1. *Aburrir* viene del latín *abhorreere*, tener aversión. Antiguamente se usaba *aborrir*, que significa aborrecer. Fue apenas en el siglo XVI cuando el reflexivo *aburrirse* adquirió el sentido moderno. *Tedio*, por su parte, procede del latín *taedium*: fastidio, aversión, asco. Es tardío en el Siglo de Oro y ajeno al léxico del Quijote.